

# MI PASEO POR BILBAO

**Burgueses, boinas y curas**

A la tercera va la vencida. Y a la tercera empecé a asumir la difícil estética de esta ciudad industrial. Pocos días antes había estado en San Sebastián y allí todo es fácil para los ojos, sometidos a las líneas amables de una ciudad residencial, como si fuera prolongación de la espuma que deja la espléndida ola de la Concha. Pero Bilbao es diferente. La ciudad aparece hendida por la ría ocre, los edificios oscurecidos por los humos y la humedad, las gentes tienen ceño de hora baja, rostros industriales. Bilbao, y que me perdonen los bilbaínos, parece una mancha de hollín tiznando la esplendorosa verde del impresionante paisaje vasco. Pero a la tercera visita empezaba a captar el lenguaje de una ciudad que traduce en su estética y en su talante la dureza de la industria siderometalúrgica que la ha hecho crecer y ser lo que es.

Yo tenía una memoria triple de Bilbao antes de mi primer encuentro con la ciudad: la banal, de «music-hall», procedente de una canción de Kurt Weill (el musicador de algunas obras de Brecht) cantada por la que fue su esposa, Lotte Lenya; la histórica, que incluía notas tan dispares como pueden ser el cerco de Zumalacárregui, la juventud de Indalecio Prieto, las luchas sociales y las emotivas páginas que Julián Zugazagoitia dedica a la caída de Bilbao durante la guerra civil... «... Con la pérdida de Bilbao, el Gobierno de la Victoria se apuntaba su primer doloroso hecho de armas. El comienzo no podía ser más descorazonador. Cinco ministros teníamos razón especial para sentirnos afligidos, los dos comunistas, Uribe y Hernández —un hermano de éste fue hecho prisionero—, los dos socialistas que coincidíamos en ser diputados a Cortes por Bilbao, e Irujo, a quien la pérdida le afectaba más que en su conciencia sentimental y afectiva, en su pasión política. De todos, el más inconsolable era Prieto. Su angustia inspiraba respeto», líneas después, en su portentoso documento *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Zugazagoitia revela que Prieto estuvo a punto de suicidarse, tal fue el disgusto que le produjo la caída de Bilbao. El tercer apriorismo que me suscitaba Bilbao era muy complejo: mitología vasca (etnia, ríao, ríao, desde Santurce a Bilbao, el Athletic, los diplomáticos vascos, los Altos Hornos) y, cómo no, la más actual realidad: desde la ETA hasta el capital financiero que la burguesía vasca tiene repartido por toda España, en ratificación de las más modernas te-



Por  
**MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN**



sis sobre el imperialismo económico.

Bilbao no era casi nada de lo que yo creía que era. Su frivolidad de ciudad portuaria lleva boina, es decir, es una frivolidad muy seria. Casi todo el pecado nocturno de la ciudad se concentra en una calle, donde la prostitución de medio pelo, anatómicamente deficiente y basada más en la cantidad que en la calidad, era muy adustamente observada por largas hileras de mirones masculinos, en una actitud contemplativa que no difería de la que podrían adoptar en un frontón. Las gotas de «maketos» (equivalente al *xarnego* en Cataluña) ponían sabor a vino amontillado en este chacoli tinto nocturno. Voceadores y exhibicionistas, los inmigrantes eran los aparentes dueños de este «ghetto» iluminado. Formaban parte del espectáculo.

### Bilbao, bajo la boina

Bilbao, bajo la llovizna y la boina, acentuaba sus grises, ensuciaba sus verdes. Las calles del centro tienen ese común aire de «ensanche» que podemos encontrar en sus equivalentes de Madrid o Barcelona. Pero uno diría que es aquí un ensanche menos mimado, menos recreado por una burguesía ancha y semialta. Además, la ría tiene demasiada entidad como para dejar que otros elementos de la ciudad atraigan la retina del viajero y la ría está muy cerca, muy cerca de todas partes.

Es la ría la que ensarta las cuentas del Bilbao industrial: los municipios industriales de la orilla izquierda (según se sale), Sestao, Baracaldo, Portugalete, Santurce. En esta orilla izquierda, Bilbao es terriblemente serio. Hay un lenguaje demasiado evidente de chimeneas y tubos, de nervios fundamentales para que luego los manuales de geografía bachilleril puedan decir: «Bilbao, la industriosa ciudad del Norte...».

Unas semanas antes de que yo volviera a hacer el trayecto «desde Santurce a Bilbao, vengo por toda la orilla...», se habían desarrollado los sucesos en torno a la protesta del vecindario de Erandio contra la contaminación atmosférica. Aquí lo de la contaminación atmosférica va en serio. Hay día en que los ojos no hacen otra cosa que llorar y todo lo cubre una neblina amarilla que hiede.

—Después se justifican y te dicen: el nivel de vida alto de Vizcaya se basa en estas industrias. Luego hay que apechugar con sus inconvenientes.

Mi interlocutor dice que los llamados a apechugar con los inconvenientes son los de siempre. Porque lo que es la casta industrial,

tiene sus residencias lejos de los humos, allá por Neguri. Unos barrios residenciales en crecimiento hacia el mar libre que continúa la desembocadura de la ría y que se extienden por una amplia zona que va desde las proximidades del aeropuerto de Sondica hasta Algorta, pasando por las Arenas. Ante el contraste entre estos barrios residenciales y la orilla industrial, uno descubre, una vez más, lo demagógico que es la simple realidad. Este Bilbao de la orilla izquierda es un perfecto desconocido para el público español. Les invito a que cada cual llame a su mente todas las imágenes que le sugiere el nombre Bilbao, imágenes que en definitiva le han alimentado los *mass media*. La imagen más próxima a la realidad industrial de la ciudad es la de los Altos Hornos, que ha aparecido hasta en postales de «souvenir-hectacrom». La estampa de los Altos Hornos es un símbolo falso, porque es la imagen de lo peculiar en lo que no tiene ninguna peculiaridad: la existencia de la comunidad proletaria industrial, oculta como un pariente incómodo por lo imperfecto, detrás de las sardinas asadas y del pisapapeles de los Altos Hornos, como en otras ciudades se oculta detrás de la Sagrada Familia y la *butifarra amb seques* o del Museo del Prado y los callos a la madrileña.

Pero así como en Madrid o Barcelona, por su extensión, la acción de esa suprema casta llamada alta burguesía, llega un tanto atenuada, aunque no sea menos determinante, a través de las capas intermedias, en Bilbao tiene todas las viejas ventajas del caciquismo de los tiempos de Romero Robledo, con la moderna eficacia de la coartada del Seguro Obligatorio de Enfermedad, el Plus de Vida Cara y el Seguro de Entierro.

### Las familias

El papel de esta casta dominante aparece en cualquier conversación, sobre cualquier tema. ¿Por qué en Bilbao no ha prendido con el mismo fervor que en Guipúzcoa la reivindicación vasquista? En parte, por el peso sociológico del proletariado industrial inmigrante, pero fundamentalmente por el carácter centralista de la alta burguesía vasca. ¿Por qué esta atonía cultural en una de las ciudades más ricas de España? Porque los de Neguri —me dicen y se refieren al barrio residencial más característico de la ciudad— sólo se han dedicado a promocionar la música y la gastronomía y, además, nunca han puesto ningún empeño en conseguir una verdadera Universidad; con Deusto les bas-



**«BILBAO  
NO ERA  
CASI NADA  
DE  
LO QUE YO  
CREIA  
QUE ERA.»**

tos remunerados por encima de las 20.000 pesetas, veinte mil pesetas de las de los años cincuenta.

En cierta ocasión tuve la oportunidad de hablar con un pinche de cocina que tenía aspiraciones de delantero centro en un equipo de barrio. Fue en Madrid. El muchacho me contaba que el puesto se lo habían conseguido los curas del colegio donde había estado recogido.

—Pues díles que te metan de delantero centro en el Athletic... (era su equipo preferido).

—Ya les pedí que me metieran en los juveniles. Pero me dijeron que eso sería abusar.

Cuando mis informantes me hablaban de la notable habilidad de cierto cura de Deusto para meter pupilos en los más apetecibles puestos de la Administración, recordé a mi amigo el pinche. Juega ahora, ya algo envejecido, de defensa lateral en un equipo que defiende los gloriosos colores de uno de esos neo-barrios de Madrid, programados por tanto ex alumno de la Universidad de Deusto.

### La etnia

En Bilbao no hay apenas vida cultural que no sea la musical. Los vascos, deporte y música, me dicen, pero que no les vengan con nada más: ni literaturas ni cines. Este juicio parece un tanto pretencioso en su generalización y, sin embargo, asombra el poco interés que la ciudad muestra por las manifestaciones culturales. Me dicen que de la última novela de Ramiro Pinillo, el más importante novelista vasco en vida, se han vendido en Vizcaya 700 ejemplares. Esta falta de interés se manifiesta igualmente en todo lo referente a la cultura vasca. Se tiene un cierto respeto arqueológico por ella, como si fuera un folklore de exportación en el que casi todos incluyen a Urtain y a los pelotaris. Pero en Bilbao pocas manos se mueven en pro de una cultura vasca viva, actual y actuante. Las minorías que se interesan por el tema son «los de siempre» ese esforzado grupo de intelectuales de provincias que en todas las de España hacen todo lo que no se les deja hacer.

A diferencia de Cataluña, la poca entidad de la pequeña burguesía, su poco peso sociológico, ha influido notablemente en su propia deserción ante la cuestión vasca, en la inseguridad que le aportaba la castellanizada alta burguesía y el cuantitativamente importante proletariado industrial inmigrante. Pero, sin embargo, casi diluida en Bilbao la reivindicación cultural y política vasca, sí que existe por doquier y peor o mejor disimulado, un complejo de excelstitud étnica.



Pese a su deserción en lo político y en lo cultural, «las familias» están muy orgullosas de la fonética de sus apellidos y casi, casi, aunque no lo confiesen explícitamente, del 20 por 100 ese de no sé qué narices de poso sanguíneo que un comunicante de TRIUNFO reivindicaba para la raza vasca. Muchas empresas de tronío no admiten para sus relaciones públicas a ningún ciudadano sospechosamente apellidado o realmente nacido al Sur del Edén. Tal vez movidos por su mala conciencia, lo que no se han gastado en cultura y política, se lo gastan en etnia. No es que no haya un poso de racismo en la ideología de ciertos sectores de población catalana, pero la importancia de la reivindicación cultural ha sepultado en la oscura zona de lo pre o de lo postconsciente, la complacencia por la excelencia racial. En cambio, esta etnia despolitizada y des-culturizada de la burguesía vasca, una etnia onomástica y toponímica, ni teme ni ofende. Es una etnia que da a la peseta lo que es de la peseta y a Urtain lo que es de Urtain.

Como escribiendo la gente se entiende mucho menos que hablando, quisiera aclarar que no estoy poniendo en tela de juicio la existencia objetiva de una **cuestión vasca**. Me limito a describir el talante con el que participan en ella los burgueses vizcaínos.

### El folklore y los ciegos hormigas

En las afueras de Bilbao, en un paisaje urbano de transición del simple campo a lo que podría ser una modesta zona residencial, vive en una casita y cultiva un pequeño huerto, el novelista Ramiro Pinilla. Su novela «Las ciegos hormigas» logró un premio Nadal. Contaba un sucedido de estas costas: embarranca un barco carbonero y durante la noche las gentes de un pueblo de la costa se dedican a depredar su carbón. Al día siguiente, las fuerzas del orden van casa por casa recuperándolo.

Cuando visité a Pinilla, en una bahía cercana se estaba rodando un guión inspirado en su novela, con destino a la televisión alemana. Los alemanes habían construido la armadura de un barco para reproducir fielmente el suceso. Pinilla parece un marino retirado y, en cierta manera, este es fogonero lo es. Vive de una pequeña pensión por accidente laboral, cultiva su huerto y cobra derechos de autor. Practica un casi total anonimato cultural. Cuando ganó el Nadal, un familiar le presentó a un aldeano del lugar:

—Mira, Ramiro Pinilla. Ha ganado ciento cincuenta mil pesetas por una novela.



«Bilbao, bajo la lluvia y la boina, acentuaba sus grises, ensuciaba sus verdes».

En la sorpresa admirativa del rostro del aldeano y en el simple enunciado de su pariente, comprendió Pinilla, mejor que nunca, el importante crédito popular de la literatura.

—Ya sé que esto es general. Y es muy natural. Pero aquí, en Vascongadas, el caso es extremo. A los vascos siempre les ha gustado la música y el deporte, los juegos tradicionales, ya sabéis. Pero leer, nada. Creo que este hecho habrá influido en el poco progreso de una cultura literaria en vasco, junto con otros factores históricos, claro, quizá más condicionantes. Pero esta desidia del vasco de ciudad por su lengua es antigua. Mis padres ya no hablaban vasco entre ellos y yo me limito a una actitud de retorno sentimental a la lengua, pero la desconozco.

Mario Angel Marrodán, el poeta de Portugalete y, después de Celaya, el poeta español más prolífico, corroboraba las afirmaciones del novelista.

—Música y deportes. Y comer bien.

Estaban de acuerdo. Como estaban de acuerdo en ser hinchas del Atlético de Bilbao y en presenciar partidos de los clubs vizcaínos de categorías inferiores. Asumían su contradicción crítica con buen humor, que es la mejor manera de asumir las propias contradicciones. Marrodán, incluso, ha ocupado cargos directivos en el Portugalete y conoce bastante bien la vida y milagros de los jugadores del Atlético.

Aquella misma noche dialogaba yo con otras gentes. Acusaban a la gastronomía vasca de buena parte de la desidia política de la ciudad. ¿Qué hacen cuatro bilbaínos cuando están juntos? Me

preguntaba mayéuticamente uno de mis dialogantes. Y se respondía él mismo: irse a comer una cazuela de merluza o de bacalao, al Luciano o a donde sea.

### Universidad y gastronomía

En el balance positivo de esta ciudad, de todas las ciudades españolas que conozco, hay que meter al proletariado y a ese sector de culturalizados de provincia, gentes que crecen cuantitativa y cualitativamente, día a día; un sector cuya importancia se subestima y que puede jugar un papel importantísimo en la prehistoria de España. Creo que estos rescoldos culturales son un factor nuevo a considerar en la contemporánea vida española. La curiosidad cultural es una mecánica conformadora de un talante crítico y Bilbao contará en un futuro con una Universidad que puede aglutinar todos estos difíciles rescoldos y esfuerzos. Si hay una ciudad española que necesite una Universidad, esta es Bilbao, de la misma manera que necesita una industria de la cultura. No es que la industria cultural financiada por el dinero de la burguesía y abastecida por profesionales surgidos de la Universidad no sea instrumento de alienación cultural. Pero cumple un positivo viaje de ida: extensor y antiprovinciano.

Sería ingenuo esperar que la Universidad bilbaína se autoproponga cumplir un papel histórico tan dialéctico. La Universidad es un instrumento de defensa del orden establecido hasta que no se demuestra lo contrario. Desde hace diez años, en todo el mundo, la Universidad intenta demostrar lo contrario. Bilbao necesita contrarrestar su instrumental de desarrollo capitalista con su instrumental de desarrollo cultural, porque, positivamente, el conflicto entre uno y otro desarrollo estalla inevitablemente.

No quisiera, sin embargo, que dentro de quinientos años, junto a tanta positividad histórica, hubiera desaparecido la gastronomía vasca. El bacalao al pil-pil, los pimientos rellenos, el changuero, el chuletón que me comí en Tolpsa, el queso de Idiazábal, merecen sobrevivir como conquistas plásticas-gustativas de la Historia. Es decir, mi interés por la Universidad bilbaína está en gran parte motivado porque, con una santa hipocresía, los antropólogos vascos de dentro de quinientos años dedicarán a la Teoría y la Práctica de la Cocina Vasca un departamento especial, quizá uno de los más importantes de la Universidad. Siento en el alma no estar presente entonces para explicar a las futuras generaciones cómo los sitios más alegres de Bilbao eran los restaurantes. El

gozo espiritual que sale por los ojos de los comensales no es describible y la ciencia literaria precisará avanzar mucho para darle traducción escrita.

También se reservan los vascos la locuacidad para los restaurantes, con todo y ser, comparativamente, los restaurantes más silenciosos de España. Pero allí conseguí trabar una larga conversación sobre cómo se come el bacalao al pil pil, precisamente con una de las camareras.

—¿Por qué se deja usted la piel?

—Siempre me he dejado la piel del bacalao.

—Pues es lo más rico. Coma, coma.

—No, gracias. Nunca...

—No sabe lo que se pierde.

Me molesta mucho perder cosas y me comí la piel. Excelente. Después comí la torpeza digestiva de pedir pimientos rellenos. No podía con mi alma al primer pimiento y la camarera se mostró implacable.

—Pero, ¿cómo se deja usted ese pimiento?

—No puedo más.

—Ni hablar. Cómaselo. Tenga,

le pondré más salsa. Entra mejor.

Mi compañero de mesa consiguió dejarse un pimiento y la camarera intentó hacérmelo comer. Alguna angustia debió percibir en mi rostro, porque desistió al quinto embate y pude sobrevivir.

### La gente

—Esta sardina, ¿es de aquí?

—Es.

Contesta el vendedor. Y no se trata de una respuesta airada. Es, simplemente, una respuesta económica. La economía del lenguaje caracteriza a las gentes de Bilbao. Sólo me encontré un personaje locuaz: Merino, el propietario de Galerías Grises. Colgaban de la pared cuadros de Artigau y Merino nos enseñaba fotos de una reciente exposición informal basada en el Paraíso, de Lezama Lima. Esta minúscula galería, apenas una habitación pequeña, está emplazada en el centro del ensanche, a pocos metros de un **Drugstore** decorado por Gallardo (uno de los que han dado cara al Tuset Street barcelonés). Se respira allí ese inaprehensible aroma de la tolerancia. En esta ciudad que huele a humo del más negro o a sofrido de ajos, flores y tomates, la isla de Galerías Grises viene a ser un poco el símbolo del lujo cultural en España. Algo así como una pinclada de purpurina sobre una pintura negra de Goya.

A nivel de muestreo en esta ciudad hay de todo y hay gente para todo, como suele decirse. En esta ciudad hay muchas ciudades: la de los burgueses, la de la pequeña burguesía, la del proletariado aborigen acomodado, en el supuesto



## MI PASEO POR BILBAO

caso de que en España pueda hablarse de un sector acomodado del proletariado. Pero quizá puede hablarse de él en Barcelona, Bilbao, incluso Madrid. Puede hablarse por contraste con el inmigrado del campo inmediato o de otras zonas de España. Españoles del Sur, gallegos, castellanos... tienen un rostro entre la multitud. Pero sólo los andaluces se hacen notar. No están impregnados por el hollín del medio ambiente atmosférico y en sus casas siguen fieles a una alimentación poco rica en proteínas. Hablan por la calle, a veces hablan para hacerse oír, para interpretar de algún modo, aunque sea un instante, el papel de protagonistas. Los andaluces inmigrados se parecen en todas partes, como en todas partes se parecen las clases de dinero.

Si uno pasea por el barrio residencial, verá las mismas melanas rubias y lacias que ha visto en los centros de Madrid, Barcelona o Sevilla, la misma elegante uniformidad de un vestuario puesto a prueba por las páginas de «Elle». Cierta supermillonario inglés, Simon Marks, tuvo el cinismo de decir que la revolución del vestuario y la igualación del buen gusto mediante una digna modistería en serie era un paso trascendental de cara a la implantación universal de la igualdad y la fraternidad. Es muy probable que actualmente la forma de vestir de una muchacha de Neguri y de una muchacha de Erandio, se parezcan mucho más que en tiempos de sus abuelas. Pero los signos exteriores de la diferencia de su poder adquisitivo no desaparecen; se sustituyen. Un conjunto de elementos que se traducen en el precio de los objetos que se consumen en los distintos niveles sociales de una ciudad como Bilbao, dan la fisonomía a uno u otro sector social.

Y en estas ciudades grandes y poderosas, la gente que convierte su fisonomía en representativa es ese mixto sector de coincidentes burgueses pequeños y proletarios altos. Ocurre igual en Barcelona o Madrid. Bilbao está representado por ese hombre vasco acuartado, recio y parco en el hablar, con boina, buen bebedor, buen comedor, con el suficiente dinero como para irse una vez por semana al restaurante y ver jugar al Atlético, pero sin el suficiente dinero como para irse a veranear a las playas del Cantábrico. Este pequeño burgués de usos y costumbres sigue caracterizado precisamente por sus usos y costumbres, derivados de un contexto arqueológico e histórico que le ha hecho ser como es. Lentamente opera sobre este tipo representativo de Bilbao, Barcelona o Madrid, un factor igualador

y exterminador: la televisión y dos factores empaquetadores y enterradores: el «seiscientos» y las latas de conserva.

Antes de que desaparezcan de la circulación, enterrados como animales domésticos o turísticos, conviene auscultarles el cerebro y el corazón para conservar lo que fue, en un instante histórico, la antropología de una ciudad cejijunta pero confiada.

### La huida

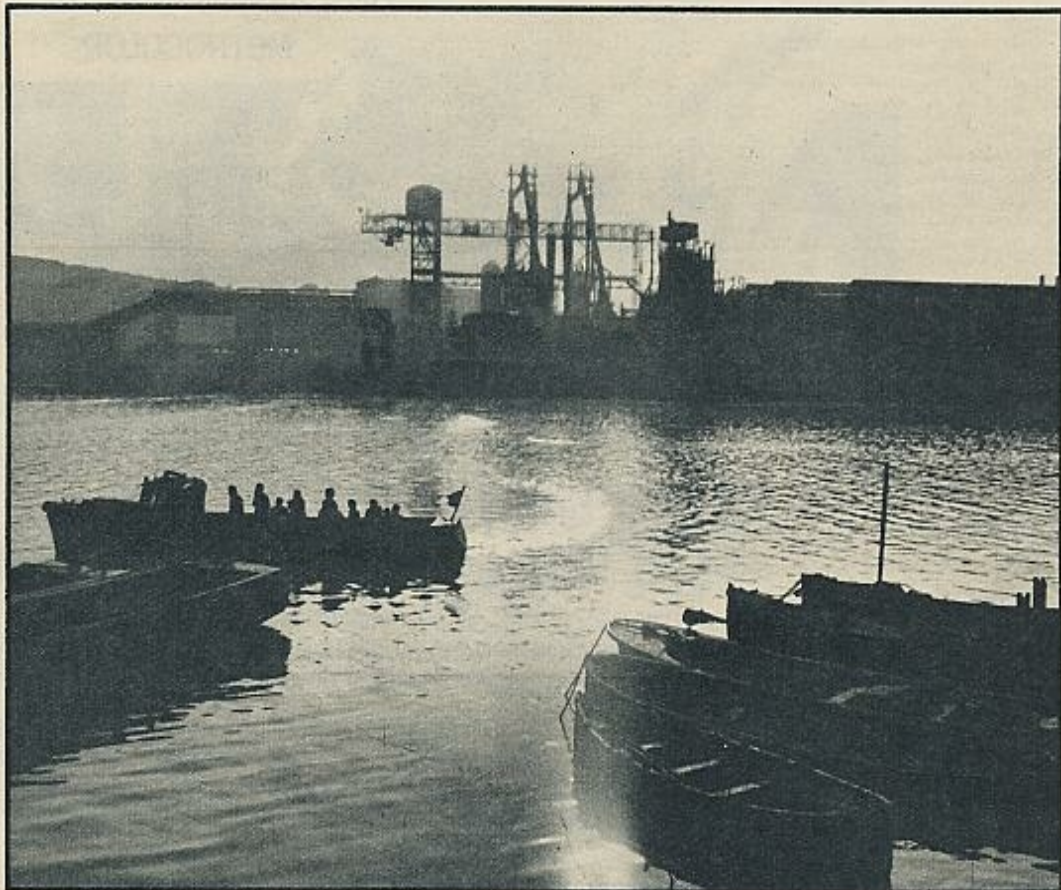
Luciano F. Rincón, Pericás, Nicanor Basterrachea, Oteyza, Chillida, Javier de Bengoechea, Sanjuán, Marrodán, Ramiro Pinilla, son nombres, entre algunos otros, de intelectuales y artistas que han permanecido en su ciudad en un duro combate contra la desidia del medio ambiente. Habla antes de esa resistencia cultural de provincias que empieza

a notarse en España. Ella hace posible que no sólo Madrid y Barcelona sean ventanas abiertas a una cultura crítica: grupos teatrales, cine-clubs y otras fórmulas de activación, han hecho posible una cierta igualación en la información y la acción cultural. No es que Madrid o Barcelona sean paraísos de nada ni para nadie, pero hay allí una mínima infraestructura de industria de la cultura que en un momento dado puede servir de cauce a algunas de estas iniciativas. En cambio, en las restantes capitales de provincia hay una carencia total de instrumentos de materialización cultural. En Sevilla uno podría atribuirlo al inmovilismo consustancial con un dinero extraído de los árboles (sean olivos o naranjos) y gastado en Madrid, según el rito secular cumplido por los señoritos andaluces. Pero aquí, en Bilbao, el dinero nace de la

industria y el capitalismo industrial siempre ha tenido a bien que bajo su reinado florecieran las artes y las letras. No es este el caso, y uno descubre, con ilimitada sorpresa, que en Bilbao hay casi tanta fuga de cerebros como puede haberla en La Coruña, en Zamora, en Sevilla, en Valencia... Aquí se quedan los profesionales técnicos, hasta cierto punto absorbidos por la metrópoli industrial. Pero al profesional de «humanidades» o al artista no le queda otra opción que la guerrilla cultural «amateur» o la emigración a Madrid y Barcelona.

Repito que el planteamiento comparativo entre las capitales de provincia españolas y Madrid o Barcelona siempre es relativo, porque ni Madrid ni Barcelona pueden constituirse en piedras de toque si no es a base de mucho relativismo. Pero en estas capi-

«Es la ría la que ensarta  
las cuentas  
del Bilbao industrial:  
los municipios  
industriales  
de la orilla izquierda».





**¡AHORA EN 70<sup>mm</sup>!**  
CON LA MAGNIFICENCIA DE LA PANTALLA GIGANTE  
Y SONIDO ESTEREOFONICO TOTAL

LA PRODUCCION DE  
**DAVID O. SELZNICK**

BASADA EN LA FAMOSA NOVELA DE **MARGARET MITCHELL**



# LO QUE EL VIENTO SE LLEVO

METROCOLOR



GANADORA  
DE 10 "OSCAR"



**CLARK GABLE · VIVIEN LEIGH**  
**LESLIE HOWARD · OLIVIA de HAVILLAND**



DIRECTOR VICTOR FLEMING · GUION DE SIDNEY HOWARD · MUSICA DE MAX STEINER

UNA PELICULA SELZNICK INTERNATIONAL PRESENTADA POR METRO · GOLDWYN · MAYER

**¡LA MAS LAUREADA, LA MAS ACLAMADA, LA MAS ADMIRADA  
PELICULA DE TODOS LOS TIEMPOS!**



## MI PASEO POR BILBAO

tales se puede encontrar una traducción, un artículo para una enciclopedia, clases, algún editor, salas de exposición, pisos de 400 metros cuadrados dispuestos a cobijar una esculturita audaz o cuatro metros cuadrados de pintura informal, ni un centímetro más. Aquí, en Bilbao, estos pisos existen y hay un cierto mercado artístico estable, pero la cosa no pasa de ahmentar a un número muy reducido de artistas seguros.

Si la experiencia *underground* no fuera, en el contexto español, un mero lujo de expresión balbuciente para la terapéutica de la propia neurosis y la de los amigos más allegados, esta ausencia de industria cultural podría propiciar el desarrollo de una cultura no condicionada por las reglas del mercantilismo consumista. Pero esta cultura *outsider* sólo puede cuajar en una libre relación con un nuevo público y esta relación con ese nuevo público está entre nosotros prohibida. Una cultura *underground* sólo es posible a partir de ciertas reglas del juego que en España no existen.

De ahí que en la charla con jóvenes profesionales de la cultura de Bilbao se me hicieran preguntas sobre cómo estaba el panorama editorial en Barcelona. Querían emigrar.

### Fútbol y pueblo

De un tiempo a esta parte, a cualquiera que frecuente los campos de fútbol de España, y yo los frecuento, no se le escapa que ha crecido la irritabilidad del público. Este hecho ha sido igualmente registrado en otros países de Occidente, incluso en la catedral de las buenas maneras: Gran Bretaña. ¡La válvula de escape que representa ese espacio abierto, como un coliseo dispuesto para el sacrificio, magnífico templo de hormigón consagrado a la única libertad de expresión que va quedando a las masas informatizadas. La relación del *Barça* y su público, por ejemplo, es completamente neurótica. El público ama y odia a su equipo en intervalos de segundos, y esa relación neurótica ya está por encima de la victoria o la derrota. Un equipo de fútbol es el depositario de la frustrada épica del ciudadano alienado por las relaciones de producción. Es su única posibilidad de heroísmo en el seno de una sociedad competitiva y represiva. De ahí que en la geografía política de Occidente, el puñetazo de Clay o el gol de Luigi Riva compensen trescientos sesenta y cuatro días de frustración compartida, de soledad acompañada.

El público bilbaíno, según mis interlocutores, no es una excep-

ción, aunque no llegue al talante del público del *Barça*, porque no se coloca ante su equipo con la misma exigencia de victoria. Pero todos los domingos en que juega el Atlético, bajo la boina y a veces el chirimirí, las gentes de Erandio y Baracaldo, de Portugaite y Sestao, de los barrios de Bilbao y de los pueblos que crecen con la ría, se aprestan a presenciar el auto sacramental de la competición deportiva, con una carga emotiva que ha ido cocinando el humo pardo de esta gran ciudad. Larrauri *entra fuerte* y el público está contento porque Larrauri *entra fuerte*, como lo está el público del *Barça* cuando entra Eladio, o el del Madrid cuando entra Benito. «Once Larrauris necesitaríamos», dice el público del Bilbao; «Once Eladios necesitaríamos», dice el del *Barça*; «Once Benitos», el del Madrid.

Están pidiendo que los once jugadores expresen en su decisión su fuerza, su rabia, su agresividad doméstica de deportistas, la propia decisión, fuerza, rabia, agresividad del frustrado ciudadano medio espectador. En las reseñas de los diarios dirán que el público es soberano. Es soberano durante dos horas cada quince días, en el estadio de fútbol y con esa soberanía le compensan de todas las que pierde o le arrebatan a lo largo de su vida.

Cuando uno pasea por Erandio no puede menos que recordar lo que ya reseñó al comienzo del reportaje. Cierta autoridad justificó la contaminación del aire en el nivel de vida.

—Aquí la gente gana buenos sueldos gracias a estas industrias. Es irremediable, pues.

Repito que estos barrios obreros de Bilbao impresionan. En

su propia salsa de paisaje industrial, Bilbao me reveló de pronto su rara estética. No, nada tiene que ver con la canción de Kurt Weill que han cantado Lotte Lenya e Yves Montand, muy poco tiene que ver con ese folklore manipulado por la televisión, muy poco también con ese desarrollismo de superproducción, kolossalista. Esta es una ciudad industrial ahogada en las contradicciones de España, la que da como ninguna el quiero y no puedo de la indeterminación nacional, del profundo irracionalismo que todo lo impregna. Y en este contexto me parece extraordinario que en los grupos teatrales «amateurs» se analicen las experiencias Grotowsky, me parece extraordinario que a la gente se le hinchen las narices por la pestilencia industrial, me parece extraordinario que la gente sonría poco. No hay ningún motivo para sonreír. ■ M. V. M.

El teatro Arriaga.  
en el Arenal,  
junto a la ría,  
centro neurálgico entre  
el «viejo» Bilbao sietecallero  
y el «nuevo» de los ensanches.

